

Padres, ó que habia penetrado al nuevo México, ó tenido algun atraso por ir enfermo desde que salió, y así, ó podía haber muerto, ó que los Indios apóstatas le hubieran matado.

En el interin dispuso el Comandante que se pasara el rio, que venia ya muy crecido y muy sereno en su curso: se hizo una balsa, y con trabajo se fue pasando todo el tren del comboy, y aunque el Padre Font hizo diligencias de medir el ancho de aquella angostura del rio, no pudo conseguirlo; pero por otros medios conjeturó que será de cien varas: observó tambien la altura del Polo, y halló treinta y dos grados treinta y siete minutos. Como el Capitan Palma habia acompañado al P. Fr. Tomás, y le comunicaba con familiaridad, de sus conversaciones concibió gran deseo de pasar á México, y conocer al Señor Virrey, y le suplicó se le dicese al Comandante para ir en su compañía: el Padre lo hizo, pero el Comandante le propuso lo dilatado del camino, y las dilaciones que po-

dria haber para no volver tan presto á su tierra, y preguntando Palma quantos años podria tardar en volver, le dixo que un año, y pareciéndole poco tiempo, insistió en su súplica, y el Comandante consintió en que le acompañara hasta México, pero que no habia de ser solo, sino acompañado de algunos que voluntariamente quisieran seguirle, y escogió Palma á un hermano suyo, á un hijo del Capitan Pablo, y á un Cajuenche su amigo. Todos se despidieron con mucha ternura de los Yumas, deseando éstos saber quando volverian, y tomaron los Padres y demas compañeros el camino para sus propios destinos, y en diez y ocho dias entraron en el Presidio de San Miguel de Horcasitas, á los ciento quarenta y cinco dias de su salida, y habiendo caminado mas de mil ciento y cincuenta leguas sin atraso, ni desgracia alguna, en que vieron la proteccion de la divina Reyna Maria Santísima de Guadalupe, á quien eligieron por Patrona en expedicion tan peligrosa.

CAPITULO IV.

Visita el Padre Garzés las Naciones Gentiles hasta el Moqui, y en todas les dá luz de las verdades católicas.

NO hay linage de vida, lugar ó empleo en que el ánimo desdenuado de las pasiones no pueda vivir dichoso: esto se vió siempre que no hay otro anhelo, que el de cumplir con las obligaciones del estado y vocacion de cada uno, y se vió en el P. Fr. Francisco Garzés, que llamado de Dios al estado Religioso, y al ministerio apostólico, solo se reputaba dichoso quando empleaba su

vida en la reduccion del gentilismo: solo vivia del pan de la Providencia, sin prevenir para peregrinaciones tan largas, como despobladas, mas alimentos que los toscos y extravagantes de los Indios, y teniéndose por dichoso quando llegaba á conseguirlos. Ningun mal camino ni lugar, por peligroso, áspero, árido ni solitario, era capaz de atemorizarle, ni de impedir sus pasos: los peligros mas es-

pantosos le eran suaves, por lograr la dicha de encontrar á los bárbaros, y de familiarizarse con ellos, para darles algun conocimiento del Omnipotente Dios que los crió, y del amante Señor que los redimió.

Para tan Soberanos fines emprendió, animado de la obediencia, una peregrinacion verda deramente apostólica, para explorar los ánimos y disposicion de las Naciones internas al catequismo y vasallage de nuestro Católico Soberano; pues sin mas equipage ni recámara que el Breviario, una túnica, y una Imágen de nuestra Señora, sin mas escolta que un Indio Californio, y dos Intérpretes de los Pimas, que llevaban tabaco y abalorios para gratificar á los Indios, salió el dia cinco de Diciembre del xacal del rio Colorado, para ir repasando las Naciones que lo habitan hasta su desemboque en el mar. Aquel dia llegó á las Rancherías de San Pablo, y hablándoles de los divinos Misterios, y de los Novísimos del hombre, les enseñó la Imágen de Maria Santísima, y tambien la del Condenado, y ellos le decian que no eran tan tontos que no supieran que allá arriba en el Cielo está la gente buena, y abaxo dentro de la tierra la gente mala; y proponiéndoles si querian el que los Españoles y los Padres fueran á su tierra, respondian que sí, y que entónces estarian muy contentos.

De los Yumas pasó por la laguna de Santa Olaya, donde encontró con la expedicion, y estuvo con el Comandante y el Padre Font, y se dirigió á la Nacion de los Cajuenches. Rodeado de ellos caminó hasta sus Rancherías, y manifestaron tal docilidad para su catequismo, que aun no teniendo los informes rudi-

mentos que los Pimas, despues de haberles predicado el Padre por Intérpretes, les enseñó la Imágen de nuestra Señora, y decian gustosos, que aquello estaba muy bueno; pero luego que les mostró la del Condenado, les causó tanto horror, que no querian ni mirarlo, y le decian á gritos que no querian verlo, y que volieara el quadro. Todos le expresaron el gusto que tendrian si los Padres y los Españoles vinieran á sus tierras.

Habia estado el Padre en ellas el año de setenta y uno, y vió que estaban incultas y llenas de mas miserias que espinas, y en este de setenta y cinco era admiracion ver todas las Rancherías llenas de frutos y de abundancia de bastimentos; y preguntándoles la causa, dixeron: que como estaban en paz con los Yumas desde el año que el Padre estuvo en aquella tierra, y los habia hecho amigos, desde entónces estaba todo bueno, y reconocidos á tan importante beneficio, le manifestaban especial amor y cariño, y le ofrecian tantos regalos, que dice el Padre, era una confusion las sandias, melones, panes de maiz, atolés de semillas y pescados que le presentaron. Cada dia era mas crecido el gentío que venia á ver al Padre, y el regocijo que mostraban con sus bayles y griteria; y entre su tropel sucedió que un Indio de otra Nacion le dió un flechazo á un Cajuenche, y se le tocaba el pedernal cerca del corazon; el Padre se esforzó quanto pudo con los Intérpretes para catequizarlo, y consiguió que recibiera gustoso el Santo Bautismo, que pudo ser la puerta de su felicidad eterna, pues murió dentro de pocas horas.

Habia el Padre determinado visitar una Nacion llamada Cucupa,

y que habita gran parte de la laguna que corre al desemboque del rio; y como estos Indios eran enemigos de los Cajuenches, éstos intimidaron á los Intérpretes, y le dixerón al Padre que no iban en su compañía, y aun los Cajuenches se negaron á darle guías. Acompañado de los Tallicuamais pasó á visitar sus Rancherías, y advirtió que eran estos Indios mas aseados que los Yumas y Cajuenches: todos le recibieron con gusto y le regalaron, y habiéndoles hablado como pudo de Dios, asentian á lo que les decia, y hacian, viendo las pinturas de nuestra Señora y del Condenado, las mismas expresiones que los otros: desde allí determinó pasar el rio Colorado en busca de la Nacion Cucapa; pero al otro dia le dixerón los Indios, que aunque en el otro viaje habia visto mucha gente, pero que ya estaba desierta toda aquella tierra, por haberse retirado toda por la persecucion de sus enemigos, y viendo que se le frustraba su deseo, y viendo que se le frustraba su deseo, y viendo que se le frustraba su deseo, le fue preciso volver á la Rancheria mas inmediata de los Cajuenches.

De ella salió para la laguna de S. Mateo, y estos Indios le pasaron en brazos y le dexaron á la otra banda, porque allí se acaba su tierra, y empieza la de la Nacion Cucapa, de quien son enemigos. Llegó á las sementeras de dicha Nacion, que halló desamparadas y destruidas, por haber sido aquel sitio el campo de la batalla en que habian peleado los Yumas, Cajuenches y Tallicuamais, contra los de Cucapa, pero el mismo campo le administró opipara mesa en unas sabrosísimas sandías. Al siguiente dia vió unos Indios, y llamándolos vinieron muy festivos, y eran Cucapas que venian á busearle por el recado que les envió, diciendo que ya estaba toda la

gente esperándole. A las tres leguas comenzó á ver las Rancherías y siembras; pero no pudiendo parar allí, por decir el Indio Sebastian, que era el único que le acompañaba, que no habia pasto para las bestias ni agua por estar en pozos, admitió el convite que le hizo un Indio viejo ofreciéndole su casa, aunque estaba algo distante. Fue muchísima la gente que ocurrió en esta posada á ver al Padre, y valiéndose de una vieja Pima que en ella estaba, les habló del importantísimo negocio de las pazes, para que como los de las Naciones de arriba las hicieran tambien ellos, y siendo todos amigos, no hubiera tantas muertes y estragos de unos á otros: admitieron todos la propuesta con gusto, no lo tuvo menor el Padre en que le rogaban que les enseñara el quadro de la Virgen, pero no pudo hacerlo por haberlo dexado en el batito que se quedó en los Cajuenches, por no haber querido acompañarle los Intérpretes; solo pudo mostrarles las estampas del Breviario y el Santo Christo, que con reverencia besaron y adoraron todos.

Prosiguió el Padre su designio, y fue visitando por tres leguas varias Rancherías, y aunque en la última le hicieron muchas instancias para que se quedara, no quiso Sebastian, por no haber en ella mas que tulares y agua de pozos; y aunque los Indios les avisaron que adelante no habia mas que agua salada, tomaron el camino y entraron en unas dilatadas playas arenosas y sin agua dulce, por lo que el Padre tuvo que buscar una Rancheria que por aquel rumbo habia visto el año de setenta y uno, y le fue feliz su hallazgo, pues en ella se encontró con los mismos Indios que entonces le pasaron en el rio, y todos tuvieron igual gusto y consuelo: el

siguiente dia, despues de explorar sus voluntades y de haberles hablado de Dios, le dixerón estar resueltos á vivir con los Padres, y á que fueran á sus tierras los Españoles, y tomó el camino por la playa andando hacia abaxo, hasta que llegó al mismo desemboque del rio Colorado, en donde pasó la noche, y al otro dia subió á las Rancherías de los Cucapas, y atravesando una de Serranos, salió á la orilla del mismo rio, por la que llegó á los Yumas: registró de nuevo todos los parages y arribó al Puerto de la Concepcion, donde halló al Padre Fr. Tomás su Compañero, y tuvo grande gusto de verle tan contento con aquellos Indios. De suerte que sin contar la Nacion de éstos, visitó el Padre Garzés en aquellos diez y ocho dias, de la de los Cajuenches como tres mil Indios, de la de los Tallicuamais como dos mil, y de la de los Cucapas como tres mil, y pudo decir con verdad, que habiéndoles hablado á todos quanto le fue posible de Dios y sus divinos Misterios, todas esas Naciones le rogaban que se quedara con ellas, todas le obsequiaron con gusto, y le manifestaron deseos de que fueran á sus tierras Padres y Españoles á poner las Misiones.

El dia tres de Enero llegó el Padre Garzés al xacal en que quedó el P. Fr. Tomás en la Rancheria de Palma, y fue grande el regocijo de oírle la asistencia y esmero con que aquellos Indios habian cuidado de su sustento, y le habian servido casi en el mismo modo que en las Misiones antiguas; pero mucho mas al oír á los muchachos cantar las divinas alabanzas que el Padre les habia enseñado, y al ver que muchos Gentiles adultos venian á Misa atraídos del exemplo de Palma que asistia á ella, imitando

á los Christianos en la devocion, persignándose y dándose golpes de pechos, como si fuera uno de ellos. A la venida del Padre Garzés fueron concurriendo muchos de varias Naciones, y dando noticia los Yavipais y los Cocomariéopas de que ya comenzaba á crecer el rio Gila, y traia mucha agua, fue preciso mudar el xacal del P. Fr. Tomás á un alto del mismo Puerto, á lo que concurrieron con los Intérpretes los Yumas y otros Indios. Iban cada dia llegando los principales de los Cocomariéopas y Jalchedunes, lo que obligó á Palma á decirles que debian entender el que ya todos eran hermanos; pues él por los Padres habia ya tirado las armas para no tener enemigos y unirse con los Españoles, con otras expresiones tan vivas, que les hizo condescender á todas sus propuestas, para que recibieran al Rey pacífico y Principe de la paz en sus tierras y en sus almas.

No habia visitado el Padre Garzés mas que de paso á los Serranos, que llamó Danzarines, y con todo valiéndose de la ocasion, ya habian hecho las pazes con los Jalchedunes, y vinieron á buscar á los Padres para que tambien se las otorgasen los Yumas: vino con ellos uno de la Nacion Quemaya, y dió noticia de que dos ó tres Naciones habian peleado con los Españoles de la Costa, y matado á un Padre, y quemado el Pueblo; lo que despues se supo ser verdad, y que los Indios de la Mision de San Diego se habian sublevado y matado á su Ministro el P. Fr. Luis Jaume, é incendiado el Pueblo. Tambien vinieron á visitar á los Padres los Yavipais Tejuá, que son los indómitos Apaches, pero amigos de los Yumas, y por uno de éstos que entendia bien su lengua,

les propuso el Padre todo lo que á los demas, y dixerón que irian á su tierra, y les avisarian á sus gentes todo lo que les decia, y que volverian á dar la respuesta. Los Jalchedunes le instaban mucho al Padre para que fuera á su tierra, y condescendió á ello, pero con la condicion de que le habian de conducir á la de los Jamajabs, á lo que se resistieron por el miedo que les tenian; y estando allí uno de esa Nacion, determinó el Padre ir á visitarla, llevando á Sebastian y los dos Intérpretes en su compañía.

El día catorce de Febrero se despidió del P. Fr. Tomás y tomó el rumbo de una sierra, y caminando por otras todas muy ásperas, á los ocho dias llegó á un valle, donde encontró ochenta Indios Jamajabs que baxaban á los Yumas movidos de las noticias que del Padre y de las pazes habian tenido. El Padre les agasajó mucho, y les dió del bastimento que llevaba, porque estaban muy hambrientos, y diciéndoles que los Yumas habian hecho las pazes con los Jalchedunes, dixerón que allí traian dos mugersitas de esa Nacion cautivas; el Padre se las pedia con mucha eficacia, pero ellos se resistian, hasta que les ofreció un caballo y otras cosas de poco importe, y se las entregaron. Algunos de ellos prosiguieron su derrota, ménos el Capitan y otros pocos que quisieron acompañar al Padre, lo que le causó un molesto rodeo, con que ellos hufan de la tierra de los Jalchedunes: á los quarto dias llegaron á un aguage desde donde se toma el camino para la dicha tierra, y el Padre determinó enviarles las dos Inditas con el Intérprete viejo que le acompañaba, con recado de que ya los Jamajabs eran sus amigos, y que

no habian de hacerles guerra. Entendido el Capitan de esto, les hizo un largo razonamiento, y para que asegurasen que eran verdaderas las pazes, rompió el arco y tiró las flechas.

Al baxar una sierra se vieron quarenta Indios de la Nacion Chevet, y seis de ellos vinieron luego que los llamaron con extraña velocidad, y como si fueran venados. Todos regalaron al Padre con muy buen mezeal que traian. Puebla esta Nacion las riberas del rio Colorado hasta los Yumas, pero son de muy distinto idioma de los que tienen las demas Naciones: á los tres dias llegaron á las Rancherías de los Jamajabs, y aunque los Indios estaban en la otra banda del rio, á la voz del Capitan pasaron todos, con lo que el Padre logró todo el dia en hablarles de Dios, de su poder y perfecciones, y les ponderó los bienes de la paz, y lo que le convenia vivir juntos; ser Christianos, y de los demas asuntos: á todo le contextaron diciendo, que todos estaban buenos, y que él le pidiera licencia á su Capitan, y se quedara para siempre con ellos para que los bautizara, pues ya conocian que de ese modo saldrían todas las cosas buenas: por éstas y otras muy racionales producciones, graduó el Padre el aprecio de sus particulares prendas que recomendaba en su Diario diciendo: «Puedo decir con toda verdad que estos Indios hacen grandes ventajas á los Yumas y demas Naciones que he visto hasta ahora en el rio Colorado: son ménos molestos y nada ladrones: les enseñé el quadro de la Virgen, y les quadró muchísimo, y dixerón que el Diabolo estaba muy malo. Como yo soy el primer Español que ha entrado en su tierra, lo celebraron mucho, porque deseaban

conocerlos, y como ya habian oído decir que los Españoles eran valientes, era extraordinario el regocijo que tenian de ver que ya eran amigos de gente tan valiente.

No le era posible al Padre salir de allí por el muchísimo gentío que sucesivamente iba llegando con la ansia de verle: entre él vinieron tres Capitanes, y el principal le dixo que allí nadie determinaria cosa alguna sin su voluntad; porque él era el mayor, y que queria que le dixera lo que habia de hacer, pues tenia buen corazon, y que se bautizaria, añadiendo otras expresiones muy buenas: á todas le contextó el Padre con las verdades evangélicas; de que el Indio se manifestó satisfecho. Pasaron de dos mil almas las que allí concurren, y manifestando el Padre que tenia deseos de ir á ver á los Padres que vivian cerca del mar, luego se ofrecieron á acompañarle, diciendo que tenian noticias de ellos, y que sabian bien el camino: con este designio les dexó el Padre á guardar su hatito, y al otro Intérprete, para que esperara al que habia llevado las dos Inditas á los Jalchedunes, y con Sebastian y el Capitan principal de los Jamajabs caminaron hasta la casa de éste, y detuvo al otro dia al Padre para consuelo de muchos que venian de lejos solo por verle, y del Capitan de la Nacion Chemévet, que ocurrió allí con el mismo fin, y oyó con agrado quanto el Padre les propuso del conocimiento de Dios, de la paz y amor que se debian tener unos á otros. Á los doce dias que habia atravesado asperísimas sierras y malos caminos con muchas lluvias y frios, se les acabaron del todo los bastimentos, y no habiendo otro recurso que el de matar un caballo, se lo permitió á los

compañeros, y lo executaron con tal economía, que ni la sangre se perdió, y fue necesario contener su voracidad para que la carne durara hasta las Rancherías pobladas; y como el frio era extremo, para que no perecieran los dos Indios Jamajabs que iban de guías, le dió el Padre á uno su túnica interior, y á otro una frezada, y caminando quatro dias llegaron á la Ranchería primera de la Nacion Beñeme, y sus Indios los regalaron con liebres, conejos y mucha vellota, que restableció las fuerzas que les habia quitado su dura abstiniencia.

Á una legua de allí, llegó el Padre á la casa del Capitan de la Nacion, el que manifestó su generosidad regalándole una sarta de dos varas de cuentas blancas del mar: su muger le saludó echándole vellotas por el cuerpo, como si fueran flores, y tiró el canastillo, que es entre ellos señal de mucho obsequio, y despues de un rato volvió á repetir su saludo con cuentas blancas del mar: estas mismas ceremonias las hizo también la segunda muger del Capitan. Desde allí fue el Padre visitando varias Rancherías, y en todas fue muy bien recibido, y á los cinco dias llegó á la Mision de San Gabriel, en la que sus hermanos le recibieron con mucho gusto. Era el principal intento del Padre Garzés desde que salió de los Jamajabs, dirigirse derechamente á la Mision de San Luis para ver como se podia facilitar la comunicacion que pretendia el Señor Virrey desde la Provincia de Sonora con las de nuevo México y Monterey; pero no pudiendo lograr su intento, porque los Jamajabs no quisieron ir por las tierras de sus enemigos; se conformó en venir á la Mision de San Gabriel, para subir por camino real á la de San Luis, y

por aquel rumbo baxar á los Jamajabs.

A este fin recurrió al Comandante de Monterey, que estaba en San Diego, y le negó quanto le había pedido, y concurriendo en San Gabriel, le dixo no tener órden de S. E. para administrarle lo que le pedia, ni tampoco le quadraba que los Indios del rio Colorado pasasen á los establecimientos de Monterey: y por esto dictámen sin duda tenia mandado al Cabo de San Gabriel, que prendiese á los Indios Jamajabs, y así los sacase hácia su tierra, y muy lejos de aquella. No se puede dudar que este Comandante tendria por muy sólidos los fundamentos de sus órdenes; pero acaso no reflexaba en los crecidos gastos que se estaban haciendo de las Caxas Reales sin mas fin que el de abrir el camino para la comunicacion de la Sonora con Monterey, y que no habia otro que el paso del rio Colorado, y que éste quedaria cerrado desde que los Españoles prendieran y maltrataran á sus Indios. Acaso no tendria presentes este Gefe los bandos y pregones públicos con que los de Sonora prohibian el que ninguno les impidiera á los Indios la comunicacion de unos con otros. Acaso no conocia la irritacion con que se habían sublevado los Indios de la Mision de San Diego, y matado á su Ministro, por los ultrages que habían sufrido de los Soldados, especialmente de los desertores; y por fin no debia de tener presentes los repetidos mandatos del Rey para que los Gentiles que llegaren á los Presidios sean admitidos con demostraciones de caridad, ni que el derecho de las gentes permite el comercio de unas Naciones con otras, y no podia impedir el inocente y antiquísimo comercio de

las Naciones del rio Colorado con las del mar, y mucho menos consistiendo en solos los frutos del mar y de sus tierras. Pero la falta de estas reflexiones ha hecho ver quan desgraciadas han sido siempre aquellas Provincias, y quan cara le salió á este Gefe su conducta.

No careció de socorro la mas urgente necesidad que el Padre Garzéz tenia para sus Compañeros, pues la caridad de sus hermanos le proveyó de bastimentos, y con el intento primero prosiguió sus designios, y saliendo de San Gabriel, á los cinco dias de camino llegó á una ciénega, en la que se enfermó uno de los Indios Jamajabs, y le fue preciso detenerse allí diez dias, catequizando y asistiendo al enfermo, y visitando varias Rancherias de Indios que vivian en aquel contorno y sus sierras, en las que encontró otro enfermo muy viejo, que era Padre del Capitan de los Jamajabs, que le habia obsequiado; y bien instruido, lo bautizó, por entender el Indio Sebastian su idioma. Allí mismo concurrieron otros Indios, que le convidaron para que fuera á su tierra, y le condujeron con otros cinco Jamajabs que venian de su comercio.

Eran los dichos Indios de la Nacion Beñame, y convaldecido el enfermo, atravesó el Padre una grande sierra, y llegó á su Rancheria, en que le recibieron muy cariñosos, y á todos les instruyó en las cosas de Dios, y pasando otra mayor sierra llegó á las Rancherias de la Nacion Cuabajai, en donde le recibieron regalándole con muchas semillas. Vió la principal Rancheria, formada como una grande galeria en una pieza muy larga adornada con arcos de sauz, y cubierta con esteras de tule muy delga-

das y bien cocidas; tenia ventanas para la luz y desahogar el humo, y dos puertas, una al Oriente y otra al Poniente, que guardaban toda la noche con centinelas; á los dos lados de la pieza habia varias cámaras ó alojamientos para dormir, y mientras llegaba la hora de recogerse, estaba cada familia sentada á la puerta con su lumbre. Quando el Padre llegó á esta Rancheria iban los dos Jamajabs uno vestido con la túnica, y el otro con la fresada, y así juzgaron los Indios que eran Españoles; pero á poco rato se desengañaron y perdieron el recelo que tenian de que les hicieran algun daño, y se fue llegando toda la gente al Padre, y muy contentos besaban el Santo Christo, y á todo lo que les decia respondian que estaba bueno y que se lo creian: preguntaron á los Jamajabs si el Padre era Español del Poniente, que es Monterey, y diciéndoles que no era sino del Oriente, que para ellos es Sonora, ya se confiaron del todo y hicieron que vinieran á verle las mugeres mozas y los muchachos, que se habían retirado al monte por miedo de que les hicieran daño, escarmetados de los que los desertores andaban haciendo.

Al cerrar la noche entró el Padre en el portalon, donde ya estaba cada familia sentada á la puerta de su cámara con su lumbre, y una á una las fue saludando, y riéndose con todos, hasta llegar á la pertenencia del Capitan, y por medio de Sebastian y de otro Intérprete, le dixo que ya sabia que tenia buen corazon, y que él no le haria mal alguno; pero que le habían dicho que por allí cerca habia mala gente; y que así le avisara si habia alguna cosa. El Capitan respondió: no tengas miedo, que nadie te hará mal, yo te acompañaré

mañana con toda mi gente hasta la otra Rancheria, pues sabemos que te has portado bien con la gente del rio Grande. El Padre allí mismo rezó la Corona de Maria Santísima, y cantó el Alabado con Sebastian y los dos Indios Jamajabs, que ya sabian la Ave Maria. Comenzada la Corona se levantó la muger del Capitan, tomó una corita de chia, y la fue echando por el Santo Christo que el Padre tenia en el pecho, y luego hicieron otras mugeres lo mismo, y echaban chia en la lumbre para que diera mas luz. Les era en todas las Rancherias de grande admiracion el ver rezar la Corona, y los primeros que lo veían les daban noticia á otros, y por eso en todas le decian al Padre, ¿quando rezas? porque la gente que no es de aquí, no se quiere ir hasta que te vea rezar; pero la mayor admiracion era, el que en comenzando el rezo cesaban del todo los gritos, bayles y borucas, que sin parar hay entre ellos; y que en muchas partes le querian cambalachar la Corona, dándole multitud de cuentas blancas del mar por ella.

Aquella noche durmió el Padre cerca de la puerta del portalon, y al otro dia, acompañado del Capitan y su gente, pasó á otra Rancheria, compuesta de muchos xacalones, y le recibieron en ellos con mucho gusto, franqueándole de sus alimentos todo lo necesario, y oyendo sus exhortaciones con aprecio, y conociendo el intento que llevaba de pasar adelante, todos le persuadian no lo hiciera, porque la gente que se seguia no era de sus parientes, sino muy mala, y que se llamaba Noches, y negándose todos á acompañarle, hasta el Indio Sebastian y los Jamajabs, tuvieron miedo, y no quisieron tampoco hacerlo. El Padre divertia sus deseos regis-

trando las inmediaciones de aquel parage, sin poder separarse de él, y á los tres dias viéndole triste un Indio Noche, que estaba allí casado, le dixo que él lo acompañaría, y advirtiéndole á Sebastian que á los quatro dias volveria, salió con solo aquel viejo, y andando mas de ocho leguas, encontró con unos muchachos, ya de los Noches, á los que les hizo cariño, y pasando la sierra de San Marcos, salió á un rio muy grande, y dió en una Rancheria, donde le obsequiaron, y baxando el rio, se le juntaron tres Indios frente á una Rancheria que estaba á la otra banda, á la que el viejo le dixo podia pasar; pero ofreciéndose grandes dificultades por no saber nadar el Padre, entre los quatro le pasaron en brazos: entró en la Rancheria, y le recibieron con gran fiesta, y le regalaton, correspondiéndoles sus agasajos con tabaco y abalorios.

Por la tarde un Capitan de otra Rancheria del Poniente le convidaba á que fuera á ella, y diciéndole el Padre que iba al Norte, sacó el agujón, y como vieron que por mas que lo revolvan, siempre apuntaba á él, quedaron muy admirados, pensando como otras Naciones, que era cosa viva, y con entendimiento: pasó á otro rio no muy grande, y otra Rancheria de bellissima gente, que le obsequió mucho, y adelante vió algunos Indios barbados, y uno de barba muy poblada, larga y canosa, y llegando á una Rancheria supo que se estaba muriendo un niño, y por señas le dixo á sus Padres que si querian que le bautizase, y diciéndole que sí, lo hizo con gran consuelo por verle ya agonizando. Allí vinieron Noches del Poniente que querian llevar al Padre á su tierra, lo mismo pretendian los

Noches Pagninoas; pero temia el Padre que si no volvía en el plazo que le dixo Sebastian, se persuadiria á que le habian matado, y se irian dexándole solo, y así no pudo condescender con las instancias de los Indios, los que tambien le dixeran, que en su tierra habian quitado la vida, despedazándolos vivos, á dos Soldados, que serian desertores, porque eran muy malos con las mugeres, y el Padre les respondió, que tambien los Españoles matan á los que son malos. Ya el viejo Noche se había apartado del Padre, y para que no saliera de la Rancheria, le negaban los guías, y le decian que venia mucha gente de todas partes á visitarle; pero como estaba con el cuidado de los compañeros, se resolvió á salirse solo, porque ninguno le quería acompañar; pero luego se conoció que esto era por el deseo de que no saliera de su tierra; porque luego que salió vino un Indio á alcanzarle, y le guió pasando por varias Rancherias, en que le daban mucho de comer, y le hacían fuertes instancias para que no les dexase, acompañándole hombres y mugeres de unas á otras.

En una vió un Capitan muy grave que le instó para que parase, y que al otro dia le llevaria á ver á un Español que estaba casado con una India de los Noches Colteches, que llevaba al pecho una cosa redonda: mentaba mucho á Dios, y les decia que estaba en el Cielo: que ya tenia un hijo, y que porque tenia buen corazon, todos le querian mucho, y vivia contento con los Indios. El Padre se persuadió á que sería alguno de los desertores, que por ser mas moderado no le habian matado los Indios. Sacó el Padre dos Indios que lo guiaran; pero habiendo pasado un cerro muy alto,

le pusieron en el camino, haciéndole señas por donde estaba una Rancheria y el rio, y le dexaron solo; por mas ruegos que les hizo, y fue la causa el ir ellos desnudos, y hacer muchísimo frio, y mas el temor de los osos que abundan en aquellos páramos.

Nada reparaba el Padre, puesto en manos de la Providencia, y solo agitaba su ánimo el saber de Sebastian, y de los Intérpretes que le acompañaban, y á poco rato de caminar solo, y entrada ya la noche, se halló en unos grandes despeñaderos, y aunque veía algunas veredas, eran de los de á pie, y no podia ir por ellas la mula; pero en tan grave afliccion quiso Dios que baxara á una grande cañada, y discurrendo fuera á dar á algun rio, caminó por ella lo mas de la noche, y vino á salir al amanecer á las riberas de un rio, y andando arriba y abaxo de ellas, vió quatro Indios, que se pusieron á reir y gritar: luego que se acercó á ellos y le tiraron unas ardillas asadas, con este agasajo condescendió en ir con ellos á su Rancheria, á la que le convidaron. En ella le recibieron con mucho gusto, y le festejaron con bayle: y pasando el rio llegó á el de San Felipe, visitando otras Rancherias, en que le regalaron con caza, pescado y una especie de marquesotes que hacen de unas raíces.

Acompañado de tres Indios Cuabajais, atravesó unos llanos muy incómodos, por desiertos, secos, sin camino, y taladrados de las tusas, y no sin peligros por haberse caido la mula en un agujero bien profundo; pero llegó á las Rancherias de los Cuabajais, que estuvieron tan festivos que aquella noche hubo bayle y el día siguiente: en él llegó uno de los

Jamajabs que acompañaban al Padre, y traía dos bestias, y recado del Capitan de la Rancheria en que había quedado Sebastian, para que pasase á ella; pero diciendo que Sebastian había ido á buscarle al rio, le esperó, y él mismo día llegó sin contratiempo laguno. Fue á la dicha Rancheria, donde fue recibido con mucho amor, y ofreciéndole con abundancia bastimentos, le preguntaban que quando volveria á su tierra. Aquí encontró dos Jamajabs que llegaron de su tierra, y como los otros se habían ido á ella, les persuadió le acompañaran para visitar las Naciones de los Chemet y Cuajala, y ellos le llevaron á la de Cobaji: no había en la Rancheria mas que mugeres y muchachos, por andar los hombres en la caza: les regalaron con carne y semillas, diciendo las mugeres que lo hacían por verlos necesitados, y porque su Nacion era bizarra y no mezquina; por lo que el Padre se detuvo allí aquel dia á instancias suyas. Caminados quince dias pasando por Rancherias ya de Chemeveti, llegó á la de los Jamajabs, y dió en su Diario: «Dificil cosa es explicar las expresiones que hizo esta Nacion por manifestar el gozo que tuvo de verme otra vez en su tierra. Tenian citados para mí venida á los Yabipais Tejua, á los Jaguallapays, á los Chemevets; y á los Jalchedunes, para que á presencia mia, hablando todos muy despacio, se celebrasen las pazes, y á este fin me decian era preciso me detuviera ocho dias, aun sabiendo que había recibido allí Cartas del Señor Comandante de la expedicion, y de mi Compañero el P. Fr. Tomás, en las que me instaban volviese luego á los Yumas. Fue tal el concurso, y tal la griteria y algazara, que mo-

vieron estos Indios con esta junta general que hubo, que por ella y el mucho calor temí enfermarme. Hicieronse, pues, las pazes generales

CAPÍTULO V.

Prosigue el Padre Garzés sus apostólicas peregrinaciones. Llega al Moqui, en donde no fue bien recibido, y sucesos de su vuelta á la Sonora.

EN el tiempo que se capitularon entre las Naciones las pazes generales, se informó el Padre con eficacia de los Indios Guallapays de todas las distancias que habia hasta el Moqui y Misiones del Nuevo México, y despidiéndose de todos, para baxarse á los Yumas y las Naciones á sus tierras, sucedió que al pasar el rio de los Jaguapais, algunos Jamajabs levantaron el grito acordándose de sus parientes, á quienes ellos habian matado en las pasadas guerras, diciendo que querian vengarlas. Los principales se opusieron á tan injusto intento, y todos recurrieron al Padre para que todo se compusiera. Traxeron á su presencia á los Jaguapais, y viéndolos muy atemorizados y recelosos, lo que tambien le sucedia al Padre, se determinó de repente á acompañarlos, diciéndoles que no tuvieran miedo; que él iria con ellos, á lo que ninguno replicó. Inmediatamente determinaron los Jaguapais se adelantase uno de ellos con dos Jamajabs á prevenir á sus gentes que el Padre iba á sus tierras; y pensando el Padre no volver por allí, le ordenó á Sebastian que si tardaba algunos dias, se baxase á esperarle en las tierras de los Jalchedunes, pues por ningunos ruegos que le hizo pudo conseguir

entre todas las Naciones que concuerrieron y nombré arriba, con gran gusto de ellos, y complacencia mia.

A los quatro dias llegó el Padre á la Rancheria de los Jaguallipais, los que tenian prevenida caza para regalarle, y se portaron muy bien, correspondiendo al afecto que les habia manifestado, y les habló de Dios, advirtiéndole que ya tenian algun conocimiento de su Magestad, y explicándoles los principales Misterios, los oían con gusto: todos besaban con reverencia el Santo Christo, y hacían que sus hijos lo besaran. Les dió á entender que queria pasar al Moqui, y halló grandes dificultades por la oposicion de los Jamajabs, que temian mucho le pudieran matar; pero todas las venció su constancia. Acompañado de un Capitan, otro Indio, y un Jamajab, á quien le aseguró que nadie le haria mal, fue visitando las Rancherias: en la primera el Indio principal de ella y su muger le ofrecieron el acompañarle; pero solo con el Jamajab prosiguió hasta una Rancheria de Yabipais, y habiendo encontrado en el camino á uno de ellos, éste envió correo á sus parientes, avisándoles que allí estaba el Padre á quien quatro de los parientes habian visto años pasados en los Jalchedu-

nes, y le rogó mucho al Padre que se devuiera hasta que llegaran.

Al segundo dia comenzaron á llegar en cuadrillas, ya de seis, ya de ocho hombres, haciendo el cabeza su razonamiento: aquí vinieron un Indio casado, con su muger, y otro soltero, que dixeron ser del Moqui, y se ofrecieron para ir en compañía del Padre, lo que en parte cumplieron: con esta ocasion se volvieron los demás á sus casas. Al tercero dia llegaron á la Rancheria del Indio soltero, en que recibieron al Padre muy obsequiosos; y el casado le dixo, que él se quedaba allí con su muger, y se contentó con afirmarle que ya el camino hasta el Moqui era todo llano y con agua. El Capitan le suplicó al Padre que fuera á ver sus tierras, y como lo habia obsequiado tanto, no pudo negarse, y se dexó á su voluntad, para ir á donde le quisieran llevar. No perdía el Padre momento en que no les hablase de Dios, y de las delicias del Cielo, lo que oían con mucha atencion, y manifestaban creerlo: todos besaban el Santo Christo, y lo levantaban al Cielo, y así iba pasando de mano en mano desde los grandes hasta los chicos: pero lo mas admirable en todas estas Rancherias fue, el que no habia manco, ciego, enfermo, ó cansado que no viniera á rogarle al Padre que le pusiera las manos y le rezara, lo que executaba de muy buena gana, haciéndoles invocar el santo nombre de Dios; y aunque procuró indagar el origen de aquellas demostraciones, no lo pudo descubrir, y lo mismo experimentó en la tierra de los Yabipais.

Entró en la tierra de éstos anunciando la paz y los bienes que de ella provienen, y aunque fueron penosísimos los malos pasos del camino,

llegó á una Rancheria, en la que todos estaban muy contentos por su llegada, y abrazaban de buena gana quanto les proponia; y conociendo que el Padre deseaba proseguir su camino, le hacian fuertes instancias para que se quedara, de forma, que no pudo desprenderse del parage hasta los cinco dias, y en todos le asistieron y regalaban con todo lo que tenian. Acompañado de cinco Indios caminó con mucho trabajo hasta una penosísima cuesta, cuyos despeñaderos infundían horror y espanto; pero ya por tierra buena llegó á una Rancheria del Jabesua, y se le ofreció uno para acompañarle al otro dia. En él vió los profundísimos caxones por donde corre el rio Colorado en aquel parage, y en una gran sierra un puerto abierto hasta abaxo, que por singular llamó de Bucareli: aquí esperaban tres familias para ir juntas, por el temor de los Yabipais Tejua, y llegaron al rio Jaquesila, el que pasado con indecibles fatigas, llegaron á una Rancheria de Yabipais, en la que estaba el Indio que ya se dixo habia cantado el Alabado, y recibieron al Padre con mucho obsequio: concurrieron allí dos Indios del Moqui, vestidos con cueras, y casi como Españoles: el uno le besó la mano al Padre, pero dándole tabaco y cuentas del mar, nada quiso recibir; el otro ni llamándole quiso venir, ni besar el Santo Christo que los Yabipais le daban: ellos se fueron muy de mañana, y el Padre no caminó aquel dia.

Al siguiente, acompañado de los Yabipais, pasó el rio Jaquesila, y un Pueblo arruinado del Moqui: á las doce leguas llegó al que los Yabipais llaman Muca, y es el de Oraybe; pero con el mal principio de que tres leguas ántes encontró un mozo á quien daba un poco de tabaco, y no quiso

recibirlo. Otra legua adelante llegaron dos en buenos caballos y bien vestidos, y yendo el Padre á darles la mano se retiraron, y le hacian señas de que se volviera atrás; pero los Yabipais tomaron la mano y hablaron á favor del Padre, aunque ellos resistian, y vueltos al Padre le decian que qué era lo que determinaba: pero dexándoles con la palabra en la boca, prosiguió solo su camino, pues ya sabia que estaba cerca el Pueblo: seis Yabipais se apartaron por varias partes, y solo un viejo y un muchacho le alcanzaron al subir la mesa en que está el Pueblo: es la cuesta muy áspera y estrecha, pero despues de rodeos y baxadas, se vió como repentinamente en él: á su entrada háy una calle ancha que corre derecha hasta la salida: á un lado y otro de ella van saliendo otras calles de la misma anchura, formando quadras. Vió tambien dos plazuelas. Las casas son de altos, y en tal disposicion, que del piso de la calle se levanta una pared de vara y media de alto, y encima está el patio de la casa, al que se sube por escalera de palo movediza: en el patio hay varios quartos con llaves de madera, tambien escalera para subir á los altos, que tienen salas grandes y recámaras, y para las azoteas.

La figura del Pueblo ni es quadrada ni redonda, y luego que el Padre y los dos Indios entraron en él á vista de innumerables mugeres y muchachos que estaban en las azoteas, se arrimaron para subir á la casa de una muger conocida del Yabipai viejo, que desde abaxo la habia saludado; pero ella antes que el Padre subiera, le dixo desde la azotea, que le avisara que no lo hiciera, y que entrase él con sus trastos, pero no con

los del Padre; con esto el Padre se retiró á un rincón que habia en la calle, allí recogió su hatito, y el Yabipai se llevó la mula. Todo el día estuvieron yendo sucesivamente hombres, mugeres y muchachos á ver al Padre, pero sin acercarse á él, aunque les ofrecia cuentas blancas del mar, que aprecian mucho. Quando el viejo Yabipai se fue de la compañía del Padre, le dixo: estate solo aquí, estos no te quieren y estan malos. De los olotes, que es lo que queda despues de desgranada la mazorca del maiz, que tiraban á la calle, encendiéndolos con la lente hizo el Padre lumbre, y pudo hacer un poco de atole del pinole que llevaba, y fue todo su alimento en un Pueblo proveido de todo lo necesario.

Cerca de la noche se le arrimó un viejo, al que le dió tabaco y cuentas, besó el Santo Christo, y dixo: Dios te le pague, y se retiró: luego llegó otro mozo, y hablando en Español, le dixo: Padre, éstos son Chichimecos, y no quieren bautizarse, ni quieren creer que tu eres Padre: pero yo te conozco, porque estoy bautizado, y soy de Zuñi: puedes venirme con nosotros que somos tres, mañana ántes de medio día llegaremos á un Pueblo, y pasado mañana á la Mision de Acome. No te contextó el Padre sobre el viage, y le preguntó por el Capitan del Pueblo, á lo que dixo, que no queria venir por allí, y que no sabia donde se habia escondido: el Padre le dixo, que hablara á la gente que allí estaba que se acercara, que él no venia mas que á decirles cosas de Dios: hizolo el Indio, pero sin efecto, y le dixo que si queria ir á dormir en la casa donde estaban sus compañeros hospedados, lo que no hizo el Padre por no ser la oferta del dueño de la casa. Ya entrada la noche, como la gente dormia

en las azoteas y corredores, era intolerable el ruido de cantos, flautas y gritos; pero todo se puso en silencio, quando uno de voz atiplada empezó á predicar un Sermon muy largo, y acabado prosiguió el ruido, hasta que otro Predicador de voz ronca hizo otro cansado razonamiento. Hasta la alva anduvieron los hombres paseando las calles. Ya tarde llegaron á ver al Padre sus compañeros los Yabipais, y diciéndoles que habia determinado ir á Zuñi, dixerón que ellos no iban, que se volviese á Jabezua, y que supiese que los del Moqui no le querian: el Padre les daba cuentas del mar para que compraran maiz, y no solo no las quisieron recibir, sino que dos, los mas mozos, le tiraron las que les habia ántes dado, de lo que inferia las cosas que les habrian dicho para que tuvieran de él recelo.

Luego que amaneció ocurrieron los tres Indios de Zuñi; pero el Padre les dixo que ya no tenia ánimo de ir con ellos, pues no acompañándole los Yabipais, siempre se recelaba de los Indios del Moqui, y los despidió dándoles una Carta para su Ministro, á quien le escribió lo que le habia pasado. Á poco rato llegó el viejo Yabipai con otro de los principales del Moqui, que le instaron á que fuese á visitar los otros Pueblos, en donde le darian de comer, porque allí no querian. Ensilló el Padre la mula, y baxó acompañado de los dos Indios, á que se agregaron muchos muchachos y muchachas, y desde la cuesta le señalaron el camino por donde habia de ir pero el Padre receló mucho, viendo que ninguno le queria acompañar; pero el Yabipai se fervorizó mucho, diciendo que el Padre y la mula tenían hambre, que hasta los cinco días no podian ellos ven-

der las cosas que habian llevado. Con esto se resignó el Padre á ir solo, y baxada la cuesta tomó por un Valle, y subió á otro alto semejante al del Pueblo, y viendo que los Indios que encontraba huían de él, conoció la mala disposicion en que estaban, y le pareció desandar las tres leguas que habia caminado, y volver al Pueblo en busca de los Yabipais que le habian acompañado. Poco ántes de la noche entró en él, admirando la multitud de gente que desde las azoteas y casas le estaban mirando, y despues de dar algunas vueltas buscando el rincón de la antecedente noche, dió con él, y sin que le hubieran hecho mejor recibimiento, ni favor alguno, con todo dice el Padre que le debian los Indios de aquel Pueblo el concepto de que hay en él muchos buenos, y que el daño estuvo en la cabeza ó cabezas que mandaron, segun dixo el Indio de Zuñi, que no le dieran de comer ni hospicio, lo que exáctamente executaron.

Luego que el Padre se recogió á aquel rincón llegó uno de los Yabipais, y sin hacer ni hablar cosa alguna, se llevó la mula: al amanecer oyó cantar y baylar por las calles, y vió Indios embijados con plumas en la cabeza, á los que acompañaba mucha gente con pitos y algazaras: por lo que viendo que al salir el Sol iba gran multitud de gente al parage en que él estaba, le causó gran recelo de que iban á quitarle la vida, y así se previno con el Santo Christo en la mano, y el corazon en Dios, para recibir la muerte. Quatro de los principales llegaron al Padre, y uno le dixo: ¿por qué has venido aquí? Aquí no te quedes, vete otra vez á tu tierra. El Padre les hacia señal á los principales para que se sentaran; pero no

quisieron, é intrépido con el Santo Christo en la mano, medio en Yuma, medio en Yabipai, medio en Castellano, y con las señas que los Indios entienden, les dixo las Naciones que habia visitado: que todas habian besado el Santo Christo, y ninguna se habia portado mal con él: que por el amor que les tenia á los Moquis, habia ido á decirles que Dios está en el Cielo, y que aquel Señor que estaba en la Cruz era Dios Jesuchristo, y que estaba bueno: á lo que decia un viejo en Castilla volviendo la cara, no, no. Entónces el Padre pidió la mula, y se salió acompañado de todos hasta fuera del Pueblo.

Comenzó su camino con grandes trabajos por no saberlo, hasta que encontró dos del Moqui que le encaminaron afables; pero ofreciéndoles tabaco y cuentas no lo quisieron recibir, lo que también sucedia con otros que encontraba. Entró en unos potreros donde no podia hallar salida, en cuyos caxones le hallaron los Yabipais que se habian quedado en el Pueblo: luego le daban priesa para que caminara, por haber visto los humos con que los Yabipais Tejua se convocan para la guerra. Llegó á la Rancheria del Yabipai barbon, y todos los suyos sintieron mucho que los Moquis le hubieran negado el alimento, y habiendo matado una cibola y una baca, regalaron al Padre mejor que á la ida, y con voluntad tan fina que se empeñaron en detenerle seis dias, porque decian que llevaba mucha hambre, por no haber comido en el Moqui, y que ellos tenian mucha carne, y estaban muy contentos de tener en su tierra al Padre; pero no pudo admitir tanto favor.

Encumbrada una sierra, á los quatro dias llegó á la Rancheria de Ja-

besua, y fue indecible el gozo que tuvieron quantos le vieron; y aquí no le valieron los esfuerzos que hizo para resistir á las instancias de los Indios, pues no pudo conseguir que le dexaran salir de la Rancheria hasta pasados seis dias. Se encantaban los Indios de oírle cantar la Letania, y para congratularlos, quando nombraba á San Antonio, decia: Sancte Antoni de Jabesua; y quando nombraba á San Pedro: Sancte Petre Yabipai, lo que les causaba un gran regocijo, y le decian, y yo como: y á todos los iba nombrando con algun Santo, y todos aprendieron el suyo, y lo cantaban con gusto: lo que dice el Padre lo trazó por verlos á todos tan festivos, y por divertir la melancolia de verse enterrado en vida en aquel calabozo de cerros y barrancos. Salió de ellos acompañado de dos principales de Jabesua, y al tercero dia encontró quatro Yabipais que de orden de su Capitan iban á buscarle, cuidadoso de que no le hubiera sucedido algun atraso, viendo que tardaba tanto. Al otro dia llegó á una Rancheria, en que le detuvieron un dia, para condescender con muchos que deseaban verle: con el mismo anhelo le detuvieron en otra Rancheria dos dias.

De ella pasó al río Colorado, y siguiendo su corriente dió en la punta de la tierra de los Jamajabs: en el punto que éstos le vieron, iban corriendo y le abrazaban, y saltaban de placer, ni sabian como acabar de explicar su regocijo, y le decian que ellos y sus parientes habian llorado, porque les dixerón que le habian matado en el Moqui. Iban con el Padre el Capitan de los Cuercomaches, y los Yabipais Jabesuas, y juntos todos encargó mucho á los Jamajabs que fueran amigos verdaderos toda la vida, y les hizo ratificar las pazes, con lo

que se despidió con tiernos afectos, agradeciendole especialmente á los Yabipais los grandes favores que su Nacion le habia hecho. Prosiguió su viaje visitando varias Rancherias, y en la que habia llamado de la Pasion le detuvieron dos dias, porque todos deseaban verle: allí le dixerón que los Yabipais Tejua ó Apaches, eran ya amigos de los Cocomaricopas, y que podia salir por su tierra en quatro ó cinco dias sin ir á rodear por los Yumas; pero habia sabido el Padre que éstos habian matado tres Jalchedunes, y que ambas Naciones estaban muy disgustadas, y tuvo por mas conveniente sufrir la molestia de tan largo y penoso rodeo por visitar á los Yumas, reconciliarlos con los Jalchedunes, y explorar sus ánimos y disposicion para el catequismo y vasallage de nuestro Soberano; pero no quiso el Señor que saliera de aquella Rancheria sin algun consuelo, y fue el de instruir y bautizar una doncellita que se estaba muriendo, y tres muy viejos y enfermos.

En el camino de otras Rancherias llegó un Jabipais Tejua ó Apache, enviado de su Nacion á convidar al Padre para que fuese á su tierra, pues habia dias que le estaban esperando, y se volvió disgustado y sin ver al Padre, por saber que no podia por entónces darles gusto. A los once dias llegó á los Jalchedunes, que le recibieron con admirable estimacion, y les puso un Capitan de la Nacion como Justicia por parte de S. M. como lo habia hecho en los Jamajabs, y le dixerón los viejos que ellos no habian de ser ménos que los Yumas, y querian á los Españoles tanto como ellos. Aquí fueron muy festivas á ver al Padre las dos doncellitas que rescató y envió con el Intérprete viejo, y

la grandecita trajo leña, y campuso lo que el Padre comió los dos dias que estuvo allí, para ascantar con la Nacion las cosas. A los tres dias pasaron los Indios al Padre en una balsa á la otra banda del río Colorado, y en la Rancheria que paró le hurtaron cinco cosas; por lo que al otro dia envió recado á los viejos, preguntándoles que qué era aquello, que qué dirian las otras Naciones de esto. Los viejos se sonrojaron de modo, que hicieron varias diligencias hasta que hallaron el robo, y sin faltar nada se lo volvieron, aunque ya habian hecho pedazos el manto.

Con la misma continuacion de gentes y de obsequios, llegó en siete dias á la última Rancheria de los Jalchedunes; en ella encontró Yumas, por haberse ya compuesto el disgusto de las tres muertes que hicieron los Yumas por defender unos caballos, y los Jalchedunes le aseguraron que no querian tener guerra, ni buscar venganza: los confirmó en la paz, y á los dos dias volvió á pasar el río Colorado, y á las doce leguas llegó al Puerto de la Concepcion, donde fue recibido de la Nacion Yuma con particular regocijo, porque les habian dicho que le habian matado, y habian llorado mucho. Allí gastó algunos dias en la explicacion de los divinos Misterios, y de los bienes de la paz, lo que oian con tal gusto, que le suplicaban que se quedara en su tierra, pues á la otra Luna habian de ir allí á vivir los Españoles; pero no pudiendo el Padre darles este consuelo, querian ellos sacarle á su Misión por Caborca, y el Padre no quiso sino volverse por el camino que entró la expedicion.

Pasado el río llegó á los Cocomaricopas, y aunque les persuadió la

paz, les aconsejó que si los Apaches vinieran á sus tierras con el motivo de la paz, no les dieran, como los otros sus parientes habian hecho, cubinas, ni ellos fueran á sus tierras; porque la paz con los Yabipais no se habia de efectuar hasta que entraran los Españoles: de allí fue visitando las Rancherías de los Opas, recibién-dole en todas con mucho gusto y agasajo, les afeó la traición que hicieron á los Apaches, recibéndolos como amigos y haciendo bayle mataron siete; pero que reservaran la paz hasta que llegaran los Padres y Españoles, para evitar otras traiciones y muertes. Llegó á los Pimas Gileños acompañado del Gobernador de los Cocomicopas, y hubo un grande regocijo, porque tambien habia llegado á ellos la noticia de que le habian matado. El Gobernador Gileño le dixo al Padre, que todos los parientes estaban muy contentos por verle vivo, y que querian hacer fiesta, y junta de todos los Pueblos, y el Padre le respondió que la hicieran, pero apartados de su presencia: porque ya presumia en lo que habia de parar la demanda. Fue así, porque á poco rato ya oyó que cantaban de monton, y con voces desentonadas decían: Nosotros estamos buenos, estamos contentos, y conocemos á Dios: somos gentes para pelear con los Apaches: nos alegramos porque ha venido el viejo (así llamaban al Padre), y no lo han matado los Apaches: como tal gritería era agena de la seriedad de los Pimas, conoció el Padre que era

efecto del vino, que produjo varios efectos: unos le besaban la mano, otro le decia me has de bautizar un muchachito, otros esta es tu casa, no te vayas á ver al Rey, y otros se persig-naban.

Grande fue la mohina que al Padre le causó aquella general borrachera, pero no era menor el gusto de oír las buenas expresiones en que prorumpían, aun faltos de razon. Al otro dia habló con el Gobernador abominándole tales excesos, pero le satisfizo diciendo: Padre, esto se hace muy pocas veces, y solo por el tiempo del sañaro: así vomitan amarillo los parientes, y queda el cuerpo sano. Mas gusto tuvo el Padre en observar que ninguna muger se embriagó, ántes bien cuidaban á sus maridos. De aquí fue por las jornadas hechas en la entrada, saliendo hasta su Misión de San Xavier del Bac, á la que llegó el dia diez y siete de Septiembre del año de setenta y seis. De suerte, que habiendo salido de la dicha Misión el dia veinte y uno de Octubre del año de setenta y cinco, y vuelto á ella el diez y siete de Septiembre de setenta y seis, gastó en el viage once meses ménos quatro dias, y se computa que andubo en él cerca de mil leguas. Las Naciones que visitó fueron nueve, y segun el número que reguló de personas, pasa de veinte y cinco mil y quinientas; todas ellas tan bárbaras, que ni guías le querian dar para pasar de unas á otras, pero su zelo apostólico amansaba á aquellas fieras.

CAPÍTULO VI.

Lastimoso estado en que estaban las Misiones de la Pimeria alta el año de setenta y seis.

FAMOSA fue siempre la luz del Pharo, inventada para mostrar el Puerto á los navegantes, y suplir por el Norte quando se cubria de nubes; simbolo muy expresivo de la vigilancia con que deben vivir los que tienen obligacion de conducir almas, y mas quando el Norte que debe regirlos les priva del influxo de sus luces. Así caminaban los Misioneros en el gobierno de las Misiones, y desde el año de setenta y tres habian llegado sus clamores hasta el Tribunal del Señor Virrey, representando las urgentísimas causas para que fueran auxiliadas en lo espiritual dándoles Compañeros, por ser insoportable, y muchas veces imposible el que un Ministro solo pudiera acudir al socorro de las almas repartidas en varias y distantes Visitas, mayormente quando enferma ó muere, que quedan privadas de él por mucho tiempo; y en lo temporal poniéndoles algun resguardo á aquellos indefensos Pueblos, por la distancia de los Presidios, con la escolta de dos ó tres Soldados, que animaran en su defensa á los Neófitos, y contuvieran la insolente osadia de sus crueles invasiones.

Para instruir la necesidad de una y otra peticion, y justificar el indispensable gasto que causarían al Real Erario, ordenó S. E. que por el Colegio se hiciera una Visita de las Misiones, como ya se ha dicho ántes, y efectuada, representaron en sus in-

formes los Misioneros las actuales aflicciones en que estaban, recrecidas por no poder uno solo satisfacer los cargos del ministerio, y los inminentes peligros en que se veían los Pueblos por la obstinada malicia y continuas invasiones de sus crueles enemigos: pero toda la claridad que esperaban les produxeran estas representaciones del Norte, y influxo del Superior Gobierno, para por él dirigirse con acierto y consuelo, se la eclipsaron otras muy densas nubes, que les impidieron llegar á verla, y así se quedaron ofuscados en sus mismas congojas, pero atentos siempre á la divina luz del Señor que guarda la mística Ciudad de la Iglesia, y que les animaba á la infatigable vigilancia y desvelo, que son inseparables de las obligaciones del apostólico ministerio.

Esa era la armería que desterraba de sus ánimos todo temor, y les infundia confianza en medio de inevitables peligros: pues era tan lamentable el estado de aquella infeliz Provincia, que en su mismo seno alimentaba y abrigaba sus mayores contrarios, sin querer conocerlo sus principales Gefes. Vivian en el Pitic los Seris y Piatos, manifestándose á los Españoles muy reducidos y quietos, con lo que los tenían muy confiados, y así no creían lo que se les avisaba de los daños y sangrientos estragos que su alevosia andaba maquinando y haciendo con sus aliados los Apa-